

Divagación apasionada sobre Pío Baroja

Julio MANSO BARRIOS

ABSTRACT: I get annoyed at the asepsis evinced by certain scholars, brought about by the fear of assuming intellectual risks. In contrast to this genus of mediocrity, I put forward the legacy of an aesthetic-vital pervasion, which, in my modest opinion, is the bona fide manner of revealing the quality of a spirit. An effet of communicating vessels will become obvious. This is why, on examining the personality of Pío Baroja, I shall share his deep emotion of being, a plane far beyond the reaches of the anecdotal, of the scandalous and even of simple erudition.

KEY WORDS: range, being, individuality.

RESUMEN: Me irrita la asepsia que ostentan algunos estudiosos, derivada del temor a asumir riesgos intelectuales. Contra esta clase de mediocridad expongo el legado de una impregnación estético-vital, que, en mi modesta opinión, constituye el modo sincero de revelar la calidad de un espíritu. Se notará un efecto de vasos comunicantes. Por ello, dispuesto a tratar sobre la personalidad de don Pío Baroja, lo haré compartiendo su profunda emoción de ser, cota que excede el alcance de lo anecdótico, de lo chismográfico y hasta de la mera erudición.

PALABRAS CLAVE: rango, ser, individualidad.

¹ Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid el martes 24 de noviembre de 1998 dentro del curso "Estética e ideología en la Generación del 98" dirigido por Ramón E. Mandado Gutiérrez.

Buenas tardes a todos...

Señor decano, señoras, señores, amigos:

Permítanme iniciar la intervención agradeciendo a los organizadores la deferencia manifestada hacia el modesto librero que les habla, invitándole a participar en este ciclo de conferencias sobre la llamada Generación del 98. El hecho no obsta para que uno se note algo así como usurpando el sitio a quienes, sin duda, por mérito propio en cuanto a labor realizada y categoría de conocimientos, correspondería.

Entre el ramillete de autoridades, sea en el tema central sea en los eximios escritores que le caracterizan, quiero hacer mención de don Pío Caro Baroja, auténtico faro orientador en la ruta hacia el hombre que nos proponemos examinar.

Intentaré hablarles de don Pío Baroja. No del desenfadado y anecdótico sino del medular. Esta especie de centrifugación se antojará ridícula y pretenciosa, pero es la vía que se elige desde la comunión espiritual que uno siente en relación con su persona. Otra cosa es que con la centésima parte de su talento uno se viera más que pagado.

Quiero que estas palabras signifiquen mi más rendido homenaje a la memoria de mi adorable maestro don Julio Caro Baroja.

Acto seguido, apelaré a su benevolencia y discreción para que transijan en acompañarme por el trazado sinuoso, poco académico, que uno haya podido concebir.

El título con que encabeza la ponencia, “Divagación Apasionada Sobre Pío Baroja”, aporta una idea de subjetividad que encaja, de maravilla, con un contenido que no excede la huella personal, que advierto lo bastante honda como para reflejarla en unos pobres comentarios.

En procura de sintonía con la emisión filosófica que sucede en la obra del insigne novelista, partiré de una corta digresión para desembocar en lo que figuro constituye el fundamento de su núcleo espiritual y sentimental.

Sostenemos que en Pío Baroja subyace una profunda contemplación del ser –en propio ejercicio– frente al caos donde se ha visto abocado a la par de arrojado.

Decimos “abocado” ante la constancia del laberinto terrenal que, día a día, nos atrapa con su problemática, grande y diversa si quieren, pero de rango menor, según entendemos.

En la mayoría de casos, las cuestiones de relación o las supervivenciales, son susceptibles de mejora. Esto hace suponer la existencia de recursos para

encarlarlas, al margen del grado de disposición que manifiesten las distintas partes en un momento dado o a la largo de una relación.

Dicha experiencia genera y fomenta un tipo de mentalidad lo bastante hábil como para desenvolverse dentro de unos márgenes prefijados. Sus poseedores se cualifican, prioritariamente, en el orden material y deambulan a la sombra de una serie de factores medibles, entre los que se cuele el azar.

Problemática de rango menor, repetimos, de la que se extrae un perfil más o menos mundano, más a menos insubstancial, del individuo adscrito a ella, en virtud de lo que reflejan sus aspiraciones y trayectoria.

Por dicha vía, observamos cómo el asentamiento de la competitividad acaecido, cristaliza en la más alienante e inhumana necesidad de especialización. Esta era, cuyos adelantos infravaloran, cuando no desatienden, el juicio de la sensibilidad, engendró, siguiendo una escala de valores decreciente, el culto a la superficie de las formas, al impacto, que cuenta con expertísimos officiantes, empezando por los incluidos en la clase política.

La historia rebosa en individuos que accedieron a cargos de máxima responsabilidad sin reunir, ni tan siquiera imaginar, esos mínimos de estética-vital necesarios para infundir equilibrio a los proyectos en elaboración.

Pero volviendo sobre lo dicho en lo tocante al ejercicio de ser frente al caos, es el término “arrojado” el que lleva implícita la abrasiva cuestión de la existencia; esa “faenita” cósmica que nos ha tocado en suerte y a la llegamos, sin alternativa de elección, exentos de otros recursos para acometerla, que los que no sepamos generar por nosotros mismos.

Al individuo que crece en sensibilidad le espera un salto de categoría estética —no siempre se produce— merced al cual interpretará su soledad cósmica como la nube misteriosa que le arrebató del entorno físico, acaparadora de su máxima atención.

Podemos vetar al espíritu el acceso a las funciones elevadas, abstrayéndole en la lucha por la supervivencia al objeto de mejorarla hasta lo inimaginable. Hay un punto, del que se suele abusar, donde el medio se transforma en fin, menoscabando, de este modo, al inconsciente que sella el pacto con la vulgaridad. A la vista tenemos un arrogante fin de siglo que debiera hacernos meditar. Entre lo que nos abandona, sentimos, con honda tristeza, la progresiva desaparición del sencillo y oscuro protagonista que, al cruzárenos en el camino, se descubría y saludaba, espontáneo, deseándonos la mejor ventura.

La defensa y cuidado de estas esencias constituyó uno de los afanes noventayochistas, almas refractarias a la influencia parisina que trajeron

algunos de sus predecesores generacionales así como una porción de coetáneos.

El apunte nos induce a preguntar ¿Quiénes éramos? ¿Quiénes creíamos que éramos? ¿Quiénes somos? ¿Quiénes creemos que somos?...

Visualizamos el patriotismo como el sentimiento plebeyo que ensalza a ciegas. “Carabina de Ambrosio” en la que no falta la colonización cultural que pueda estar desdibujando el alma. Lo antagónico, el patriotismo, se nos antoja emanante de una visión crítica, selecta, necesaria en trance de distinguir lo espúreo de lo constitutivo de la personalidad. El extenso e intenso legado de buena parte de los escritores del “98” invita a pensar en lo mucho o en lo poco que preocupa que España y lo español se nos haya ido escapando de entre las manos. Hoy, a la sombra de Wall-Street, con una Europa construida sobre la necesidad de mercadear, la esencia de nuestros pueblos y de sus habitantes tiende a desaparecer por la cloaca del conformismo.

Sobre el papel, el individuo humano dispone de su conciencia y de su vida para dirimir qué hará con ambas. En general se busca la comodidad. Los de mi generación, pienso que por desgracia, hemos tenido que abrir los ojos en el seno de una furibundez pragmática que nos ha anegado de quisicosas. Dijimos adiós a una austeridad de rudimentos válidos y nos entregamos a la perniciosa tendencia de obtener el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo; mal endémico que deja, como repugnante secuela, el anquilosamiento espiritual.

Es notoria la dificultad que entraña el hecho de caminar llagado, máxime a sabiendas que el propio camino se encargará de engullirnos. Dicho de otro modo, aceptar el roce áspero de la soledad del ser frente al Universo, arroja un balance de desasosiego que solo la fortaleza de un espíritu exigente y desprendido puede asumir.

El débil, el reyezuelo de la calle y de las cotizaciones, jamás comprenderá la belleza que encierra mantener un pulso agónico con el cosmos. Mas, para quien aceptó el desafío, el trajín que comporta ese desmesurado empeño en aumentar la calidad de supervivencia, no excede el tono menor. Señalará la cortedad de miras de quienes administran mediatizados por la codicia a el protagonismo, al unísono que les recordará la suficiencia de recursos existentes en el medio natural. Pero, a considerable distancia y por encima de lo primario, se erigirá en baluarte de ese reino tenido por maldito, que surte de energía a quien transita por las anfractuosidades del ser en busca de lo intraficible. Démonos cuenta que el acceso a esta senda oscura es lo que se nos escamotea de continuo.

Entendemos que el mundo empieza por uno mismo y solo desde el amor que inspira la elevación espiritual, no desde el redil que imponen los hechos consumados, obtendremos sentido ético para interpretar el exterior. Lo demás suena a teatralidad y manipulación del prójimo. La justicia terrenal bastante tiene con desenmarañar el entorno para el que ha sido concebida. Pensamos que en la lealtad, a la que se consagra el verdadero autocrítico, se halla el estímulo de quienes asumen el riesgo de lanzarse al camino infinito.

Desde lo mundano no se alcanza el empeño de aquella gente osada, dispuesta a plantar cara al Destino. No se alcanza la necesidad de llenar el vacío que contrajimos al nacer a la conciencia. No se alcanza que la voz interior sea el *único estimulante del fino y perpetuo agonista*. No se alcanza, *no, pero*, a cambio, se le ofrece moverse, o ser movido, dentro de los límites que impone el juego de ajedrez aplicado a su caso concreto.

En cada persona, máxime en las depuradas al fuego del debate existencial, vislumbramos un campo de fuerzas que se podría representar gráficamente. La adición de los vectores que le definen, genera una resultante indicativa de hacia donde se desplaza el conjunto. Pues bien, dicha proyección sería reflejo de lo que acontece dentro de cada uno. Si nos detenemos en el caso de Don Pío Baroja advertiremos cómo vida y pensamiento discurren estrechamente unidos y apadrinados por la intuición. Ambos flotan en el éter de la voluntad de poder, que constituirá su médula creativa.

Pío Baroja es alta tensión filosófica aplicada al género novelístico y vertida en extraordinarias y constantes dosis. En nuestra particular impresión, el egregio escritor no persigue ni explicarse ni explicar; esto no impide su claridad expositiva, contundente en ocasiones. Pero su impulso espontáneo, lo genuino, se traduce en un inacabable peregrinar hacia la ataraxia, donde, a lo largo de la oscura senda, irá esparciendo las huellas de un desencanto, que le sobreviene de reconocerse desarmado para librar la batalla de la Soledad. Las escaramuzas terrenales no representan sino la tormenta pasajera que acaece durante la marcha.

Baroja es una trama existencial que solo puede entenderse a la luz de la individualidad. El propio alcance estético le aísla de los modelos de sociedad que irá encontrando a lo largo de su periplo vital, los cuales, una y otra vez, acaban estrellándose contra el rompeolas de su individualismo constitutivo. La hermenéutica de Baroja no es cosecha de tertuliano sino de picador en la mina del ser, esfuerzo que se traduce en la vigencia de un pensamiento que deriva no tanto en el desarraigo social como en la repulsa por lo colectivista, a la vez que encara el Destino con virilidad.

Como ya dije, Don Pío no intenta autoexplicarse. Desde un principio se ha contemplado diferente, bien en sus ideas, bien en sus aspiraciones, bien en su estilo personal, sin que el hecho de no encajar en los patrones a la usanza, le haya preocupado en exceso. Pero, claro está, a veces no queda otro remedio que contestar a la prepotencia de los doctrinarios o al enjambre de parásitos de la actualidad incapaces de saltar sobre la época.

Baroja no es la moda, ni el aplauso, ni lo pretencioso. Ante su flotación espiritual, le asociamos a una oscura impregnación de valores consistentes, idea que nos permite desembocar en lo inactual. Así, lo que el tono social tiene de sugestivo para algunos, carece de sentido para quien abominó del hormiguero y del banco de sardinas a las primeras de cambio.

Nuestro escritor, a quien desde una perspectiva cósmica juzgamos errante pero nada de humilde, se emplea, agónicamente, en seguir avanzando, consciente de que cualquiera que sea la distancia recorrida, le aguarda, estragador, el vacío. Don Pío Baroja, aun contemplándose desarmado, no claudica. Se abre camino en la negra espesura a la que fue arrojado. He aquí como cuaja el esteta. De este modo, cuando contrastamos su viril actitud frente al medio que trata de envolverle, parecen justificables ciertos calificativos dispersos a lo largo de su obra: mediocridad, ramplonería, utilitarismo. Como a reclamo de esta observación, nos asalta la frase de su hermano Ricardo: "Es despreciable insistir en aquello de lo que ya somos capaces". Meditándola, nos acercaremos a la sensación náuseabunda que impide, al auténtico agonista, acomodarse a un rango estético ya exprimido. Para nosotros, es un modo de explicar la insoslayable categoría de pensamiento que, de principio a fin, trenza la obra de Pío Baroja y, con la ayuda del cuentahilos, la de algunos más. No excesivos, no, pues a tenor del muestrario que exhibe la historia de nuestras letras, en la que abunda el "floripondismo", se vislumbra escasez de calado. Desde la virtualidad de la metáfora diríamos que la diferencia existente entre los Baroja, "Azorín", Ortega, Unamuno... con respecto a la generación literaria anterior, o a la posterior, es como la del galeón que surca los océanos en todas las direcciones, frente a la lancha pesquera, perfecta en su función, si cabe, pero que, dadas sus limitaciones, jamás se alejará de la costa. Habrá quien defienda que en la susodicha ribera se halle el faro de nuestra realidad constitutiva. Efectivamente, de la mediocre y asfixiante realidad a la que una civilización unguida por el instinto comercial conduce, ¿nos sentimos conformes... ? Entendemos aleccionadora la decepción de aquellas almas difíciles de calmar con los efluvios de un mundo raquítico, aletargado en todo aquello que no pase por contador.

Entrelazarse con “lo que se lleva” –la moda– implica servidumbre al fenomenismo. Es como admitir el advenimiento del rango menor. Esta absorción por lo efímero conlleva el acatamiento de la divisoria establecida por esa “alta y penetrante” mundología generadora de gregarismo amortizable. Nos referimos al fantasma de la rentabilidad: Férrea y grotesca dictadura de lo cuantitativo con la que flirtean muchos que se las dan de progresistas. Creemos que el empeño por capitalizar la vulgaridad es un distintivo de la economía de mercado, con su tropel de espabilados grafómanos en posiciones de vanguardia.

En oposición, consideramos que el hecho diferencial que distingue a lo barojiano radica en una mordiente exploración del Ser, siempre inacomodaticia a los paisajes que irán surgiendo durante el transcurso de los años. En ese continuo y característico escarbar de quien, ante todo, aspira a profundizarse para incidir en lo inefable, hallamos al inconformista. Si le comparamos con el revolucionario, nos quedará, de este último, una acusada impresión de superficialidad, puesto que logrado un objetivo, asequible o trabajoso, se distrae, dejando patentes sus limitaciones. El camino del revolucionario es finito, no así el del inconformista. Quien se exime de abrir vía, por sí mismo, se expone a ser fácil presa de la referencia y de la inducción, antojándose, aparte de manejable, portador de simpleza.

Baroja, en su oscuridad, y de propio natural, deambula inasequible al molde, a la consigna, a la moda o a la baba.

Los personajes del novelista, en su conjunto, dan prueba de arraigada virilidad. Pensamos que no es mal fundamento. Quien se atreve a calificarles de erráticos demuestra falta de agudeza, quizá, fijación epidermial. Los seres alumbrados por la pluma de Don Pío evidencian la energía e intuición necesarias para perseverar en el camino hacia lo propio –ven en lo que es–. La nobleza de linaje les permite encarar la hostilidad del medio desde un prisma instalado en la escala cromática del humorismo. Al verdadero aristócrata no le frenarán ni los salteadores agazapados detrás de su carguito, ni la desertización humanística que imponen los guardianes de la actualidad. Y en la hipótesis de que, sumido en la dura travesía del páramo que le ha tocado en suerte, enfilara hacia la pretendida vertiente ubérrima, su íntima experiencia le hará seleccionar entre la multitud de frutos que se le ofrezcan a la vista.

Al personaje barojiano le delata una vaga querencia por la Soledad cruda y desatendida. Se aferra a la tristeza y al riesgo antes que obligarse a la humillante laceración de la vulgaridad.

Nuestro egregio novelista no gusta de las sociedades de bombos mutuos

ni de los cenáculos donde éstas se fomentan. Lo rechaza de plano. Así, cuando no autorrecluido en casa, se alejará por las sendas mas extraviadas de España o Centroeuropa; amén de exprimir los mundos que malamente coexisten en Madrid, París y Londres, o retrotraerse al siglo XIX para idealizar el País Vasco, a cuyo fondo pagano dedicó las páginas más dulces y amables de su obra.

A poco de iniciado el siglo, alguna conmoción espiritual sobrevino al autor de "Camino de Perfección", de "Juventud, Egotría", de "El Arbol de la Ciencia", de "El Cura de Monleón", a raíz del paso de Paul Schmit por Madrid, con quien trabó y mantuvo larga amistad. Este suizo-alemán, radicado en Basilea, le sugiere el estudio, en profundidad, del pensamiento nietzscheano, al que la asimilación, cuando no afinidad, del atento escucha, abre la puerta de nuestro país desde la particular impregnación de algunas de sus obras.

Nos cabe la fortuna de haber podido curiosear en derredor de su mueble escritorio. Justo, a la espalda del asiento donde solía retirarse a trabajar, distinguimos, tomo a tomo, la obra completa del filósofo alemán, como si fuera el manantial que se desea tener cerca. La profusión de subrayados, en lápiz de color, respaldan nuestro comentario.

Pero antes del citado encuentro, la hipersensibilidad de un jovencísimo Pío Baroja ha sido puesta a prueba brutalmente. No nos referimos a las escenas de la última guerra carlista, que le tocó presenciar en plena infancia, aparte de escuchar de boca de su propio padre, corresponsal de guerra enviado por "La Voz de Guipúzcoa". Tampoco responsabilizaremos al vandálico ambiente que le absorbió durante su paso por la escuela primaria, donde entre las broncas y desafíos que ocasionaba la rivalidad con los del curso inmediatamente superior, reinaba una visión espantosa del maestro, como si fuera el auténtico enemigo natural. Pero en el acercamiento a lo que intuyo pueda constituir el origen de su actividad volcánico-espiritual, continuaré, si les place, con el inventario del magma que se iba formando en su interior. Así, entrevemos cómo las escenas de varios ajusticiamientos, presenciadas a edad temprana, engendraron una espiral divagatoria en el asombrado espectador, a quien se le estampan, de por vida, las macabras imágenes del reo y del verdugo. Los tropiezos lectivos, consecuencia de la incompatibilidad de estilo y carácter con algunos eminentes togados, no son para echar en olvido. Al universitario Baroja, el despotismo y vanagloria que le demuestran ciertos preceptores a quienes suponía un talante más serio en la impartición de sus conocimientos, le agrían hasta derivar en rechazo hacia lo oficial. Más tarde, sus

cortas experiencias, como profesional de la medicina por un lado, y al frente del negocio que hereda la familia, por otro, le resultan decepcionantes en todo lo que atañe al ámbito de relación interprofesional, en el primer caso, y por falta de mentalidad comercial en el segundo. Poco después, la guerra contra los Estados Unidos despierta un hervor crítico, de signo regeneracionista en algunos casos aislados como el que le incluye. A Baroja no le afecta tanto la valoración del ridículo hecho por nuestra escuadra, con la subsiguiente pérdida de las colonias, como la legítima e incontenible basca que le despiertan la desidia gubernativa y la secular apatía de la clase media en las que dormita la nación. Al diestro observador no se le escapan las tribulaciones que marcaron el regreso de muchas de los supervivientes, forzados a la mendicidad a causa de la indiferencia con que se les obsequió una vez llegados a su solar patrio.

El análisis de la situación del país se convierte en materia de harta reflexión y motivo de coraje para un elenco de almas jóvenes, entre las que se encuentra la fogosa, pero ya atormentada, de Pío Baroja.

Decimos "ya atormentada" porque el dolor cuanto más íntimo más nos sumerge en su propia contemplación, acuciándonos a abrirle un cauce estético por donde fluya el torrente que origina.

Así pues, antes de que el inquieto Baroja saludase a Paul Schmit, o a un pequeño gran filósofo llamado José Martínez Ruiz; antes, también, de que, a partir de lo sucedido en Cavite o en la España antillana, alcanzaran el máximo relieve los males de la patria, la enfermedad y fallecimiento del mayor de los hermanos Baroja Nessi, Darío, estrujó y entenebreció el alma del entonces estudiante de medicina.

Rebasado el medio siglo del luctuoso acontecimiento familiar, cuando, ya heptuagenario, el fecundo escritor comienza la publicación de sus memorias, las alusiones al hermano desaparecido en plena juventud, mantienen el crepitar de las brasas del sufrimiento y la desesperanza que, de seguro, le atormentaron.

Lo que afirmo no responde a una exageración sentimental. Invierno. Un viaje en ferrocarril a través del altiplano manchego. Solitario, meditabundo. Tiritando de frío en un compartimento de tercera clase. Pasto de la tristeza y del dolor y, por todo horizonte, el estado crítico de un ser querido: el hermano mayor, el que abría brecha.

Pío Baroja estaba por curtir. Para la forja psicológica de una persona hipersensible, aquel siniestro galopar sobre el hierro a fin de encararse con la Intrusa, pudo dar tanto de sí como la manzana que viera caer Newton. En el

caso al que nos referimos, al menos para quien les habla, huelga la duda.

Atacado de un virus indagador, leí, años atrás, cierto trabajo acerca de una maligna protuberancia psicológica atribuida a nuestro novelista, a partir de la cual podía entreverse que ni los gatos que le acompañaban en casa, hubieran escapado al linchamiento. En la aludida tesis se dan pelos y señales de aquellos pasajes novelísticos en los que, de uno en uno, su recreador se irá deshaciendo de todos los miembros de la familia, que parecen expuestos a la acción sañuda de un alma vengativa e inmisericorde. ¡Qué barbaridad de especialistas! ¡Promover la sugerencia de que en el seno de la familia Baroja Nessi reinaba la discordia y el enfrentamiento en todo lo que rodease al vástago inconforme!

Se ha repetido hasta la saciedad la ironía con que puntualmente roció don Serafín al tercero de sus hijos, calificándole de “sabio” ante un grupo de amigos. No puede negarse, así como tampoco las discusiones que entablaba con su hermano Ricardo, contrastando puntos de vista sobre posibles derivaciones de las guerras ocurridas en su tiempo, o bien, por rizar el rizo, las discrepancias con Carmen, hermana menor, en torno a la esencia personal de Manuel Azaña o del mismo Ramón María del Valle-Inclán. Díganme en que familia, que se precie de liberal, uno se abstiene de exponer sus propias ideas por temor a los comentarios y reacciones que pueda suscitar. A nuestro juicio, eso queda para las pendulantes del fanatismo y ortodoxia correligionarias. Pienso que con la falta de penetración, o, desde la epidemia de la originalidad por la originalidad, no se llega ni a la vuelta de la esquina.

La realidad familiar de los Baroja se asienta en la unión de todos sus componentes a la vez que engendra un lazo sentimental e intelectual, un ejercicio de ser y una sabiduría de estar, que llega hasta nuestros días. Representan la sabiduría penetrada de sentimiento. Uno desconfía de aquellas agrupaciones de humanos donde nunca surge la contraposición argumental respecto a algún caso o situación concretos. Otra idea bien distinta nos sugiere el caldo de cultivo que dió para cerca de doscientas cincuenta obras escritas y un millar de pictóricas, por no abundar en el inventario. Estas realizaciones, ninguna adulterada por las ansias de gloria, o de protagonismo, son prueba inequívoca de la estabilidad ambiental ocurrida para llegar a tamaña producción.

Solo en un clima propicio y a respaldo de la calidad humana de sus mantenedores puede surgir una floración tan excelsa y definitiva como la que acabamos de señalar. Para quien así lo reconoce, se hará entendible que el trágico desenlace de Valencia donde, a caballo de la ocupación profesional de don Serafín, la familia fijara su domicilio, marcarse, indeleblemente, el espí-

ritu de Pío Baroja, que llegó a suponer el acabamiento de todos víctimas del contagio.

Destacaré, como respaldo de lo que estoy sugiriéndoles, uno de los primeros trabajos al óleo de su hermano Ricardo. En él, aparecen aquellos tres jóvenes a quienes vinculaba, aparte de la sangre, la inquietud de superarse como personas y el ápice de humorismo que sembraba el padre a todas horas.

A la vista de la discreción que mantuvieron Pío y Ricardo Baroja con respecto a la memoria de su hermano mayor, me viene al recuerdo la poca predisposición de su sobrino Julio Caro para hablar de doña Carmen Baroja, su madre. Hay ausencias que forman parte de uno, allá donde se encuentre. En mi parco entender, la falta de Darío sumió a Pío Baroja en la contemplación del equilibrio inestable a que se ve condenado el humano desde su nacimiento, imagen de la que no se extrae reconforto pero, en cambio, despierta rebeldía. Sensación, ésta, que el llamado al agonismo cósmico, reforzó con la lectura y meditación de los textos de Schopenhauer y de los de Nietzsche, quedándonos constancia de cómo el último le indujo por vía estética, a la superación de si mismo.

El estilo de Baroja es el del caminante que aboga por el robustecimiento de la capacidad de asombro. El del alma insatisfecha que ecuentra, ni más ni menos, un camino infinito por donde perderse. Así, mientras que por el hecho de descollar en la concurrida esfera de lo vano, muchos creen "haber llegado", y, como dije, se dedican a capitalizar el inmenso estrato de la sensiblería, exhibiéndose en lo chismográfico, en lo tremebundo o propagando el vicio por el preciosismo, Don Pío explora el trasfondo psicológico del individuo, deteniéndose, fundamentalmente, en los tipos donde, en base a la voluntad de poder, descubre asociadas energía y destreza, condición indispensable para sobreponerse al asedio del gigantesco monstruo de la vulgaridad.

En la tensión que engendra el continuo examen de conciencia, hallamos la base de su extraordinaria andadura psicológica. Dicha dotación le distingue de quienes, subsidiarios de las tendencias de la masa —o de la crítica—, se limitan a recrear novelísticamente su perenne insipidez vital. Me refiero a los empalagosos mastodontes que, desde el engreimiento, se perpetran en el alarde pirotécnico o en la fabricación de pedrería de laboratorio, a tono con las exigencias del mercado. Pero no nos engañemos, hoy son los más aceptados. Encarnan el pasatiempo. Sus lectores ni anotan ni subrayan. Sí acaso, memorizan el último chisme y lo administran conversacionalmente hasta que llega el repuesto. El mencionado espectáculo cotidiano basta para dar idea de la

planicie espiritual a la que son deliberadamente conducidos buena parte de los lectores que sufren la transmodernidad.

...Pero sigamos caminando. El hombre que me ha inspirado estas líneas, no se conforma con explorar en la costumbre, en la ascendencia familiar, en el carácter, en el paisaje, en el tipo racial, en el documento escrito, en la gestación de las ideas, en la marginalidad de un ambiente o en la urdimbre histórica e intrahistórica de los hechos; incursiona en el Ser. De este modo, percibe, con entera claridad, el letargo de la capacidad de asombro que reina en lo actual. Es, pensamos, la raíz de su encono contra la acción de un siglo que deriva en el escamoteo de la individualidad, disfrazándolo con zarandajas ideológicas de tercer orden.

Baroja –ve en lo que es– y a su vocación indagatoria no escapa el dato revelador de una conducta, de una corriente de pensamiento o de una finalidad encubierta. Su antagonismo, con respecto a esas mentalidades que se ciñen a lo programático, actúa sobre su hipersensibilidad alejándole de todo lo que derive en pábulo. Él mismo se define “individuo contra estado”.

A lo largo de sus novelas, la pertinaz inclusión de tipos marginales no se antoja una pirueta circense y prevista de antemano. No. Ocurre que la continua y valiosa huella de sus exploraciones ofrece un amplio inventario de vagabundeos. El Baroja errabundo se ha detenido a contemplar esas instantáneas de lo lejano, que para la inmensa mayoría pasan desapercibidas. La pupila de nuestro escritor retiene, con entera fidelidad, desde los tipos más oscuros a los escenarios más insospechados; esa que, de un tiempo a esta parte, se ha dado en llamar la “España Profunda”, que pensamos así debe parecer a quienes viajando, de restaurant en restaurant, les falla la curiosidad –cuando no la imaginación– para asomarse a los ángulos del mundo que no figuran en catálogo.

A través de la meditación del contenido de cualquiera de su largo centenar de obras, bien se puede adivinar el pulimento, como persona, que le confiere su agónica experiencia espiritual, por la que circula, subsidiario pero potente, un privilegiado intelecto.

Con lo hasta aquí expuesto, podría advertirse que nuestro personaje no es un laboratorio de formas. Si cabe, figura un observatorio provisto de lentes de extraordinario alcance, que mantiene en funcionamiento con la perseverancia manifiesta del que labora en el verjel de la contemplación.

Libro a libro, y por el ensanche de su discernimiento, iremos viendo el paso de una corriente filosófica que alcanza a sacudir lo antropocéntrico, aportándonos un enfoque existencial tendente al pesimismo. Quizás en esa

frecuencia de onda se halle el motor de su piedad hacia las gentes humildes y sencillas.

Baroja da facilidades al lector medio intuyendo su cansina disposición frente a los textos. Así, observamos cómo rehuye el “tempo lento” por anti-vital; se inclina por el capítulo corto y aprovecha los diálogos para desmenuzar y hacernos digerible desde el pensamiento presocrático hasta Nietzsche, pasando por Kant y Schopenhauer, evitando, de hecho, el punto de saturación a los menos habituales. En resumen, sabe, como muy pocos, hacer cantera de buenos lectores. En la experiencia cotidiana de mi ruinosa profesión, tengo observado cómo los aficionados a su obra son proyectados, a través de la misma y en procura de respaldo, a una amplitud temática que desemboca en estudio cuando no en recapitulación. ¡Qué gusto acogerse dentro del recinto amurallado sobre el que, como antes insinué, revienta la ola de la consigna formada en el mar de la vulgaridad! Baroja infunde agudeza de criterio.

Por lo expuesto, no debe colegirse que las obras del intuitivo maestro adolezcan de inhibición ante las cuestiones palpitantes. No nos equivoquemos. Es, justamente, todo lo contrario. Rezuman la savia de la ironía, y es el genio del vidente el que aprovecha los intersticios de cada circunstancia para filtrarnos sus observaciones y pensamiento. Quiero valerme de la opinión del estudioso chileno Uribe Echevarría, quien asegura que de poderse aplicar un densímetro al contenido de los libros, los de Pío Baroja destacarían, sin duda, por ser de los que más ideas aportan por página.

No todo el mundo opina igual ni parecido. Los figurines y figurantes de la crítica, amoldados a las orejeras que les impone su escaso o nulo sentido de lo inactual, le atacarán o intentarán menospreciar. Parece como si el chismógrafo, o el cazador de protagonismo, necesitaran, como parásitos bien retribuidos, legitimarse ante un público habituado al hedor literario. Si me lo conceden, y como exponente de lo que señalo, recurriré a una muestra...

Hará como año y medio, ante numeroso auditorio, uno de los engreídos pontífices a los que aludo, afirmaba, con regodeo, que los libros de Pío Baroja servían única y exclusivamente como papel higiénico. La gratuita y llamativa aseveración constituyó la prueba más fehaciente de la insensibilidad, tan notoria como localizada, de quien no distingue el papel de lija del presentado en rollo, que, según hemos tenido ocasión de constatar, debiera resultarle preciso, acomodaticio y, por añadidura, familiar y barato.

Siempre nos asaltaré el enigma de por qué, una vez desaparecida la censura, cuando presagiábamos un engrandecimiento cualitativo en las manifestaciones literarias que irrumpieran a partir de dicho punto de inflexión, se

desarrolla, en progresión geométrica ascendente, una industria competitiva en esa variedad de producto paraliterario-celulósico, cuyos ingresos, obtenidos de la venta al por mayor, reinvierte en agua bendita. ¿Existirá alguna extraña consigna para desforestar el país?

Como, por considerarla obra armónica e indivisible en relación con lo estético-vital, he procurado no valerme de ninguna de la multitud de frases diseminadas a la largo de la obra de mi maestro elegido, contrastaré, en todos los aspectos, sirviéndome de una recogida en la calle, definitiva del contubernio que perfilan ciertos editores con quienes se lo consienten, incluida buena parte de la masa de lectores. Dice así: "El cliente es quien manda".

Pero enlacemos con Pío Baroja. Desde sus primeras entregas, nuestro controvertido defensor de la individualidad reúne, al tiempo que expande, valores tan nutricios como la sinceridad, la ternura, la dignidad. Son pilares que fortalecen la asunción del espinoso ejercicio de ser, en respuesta a la animadversión y al encono que de continuo le demuestran los expendedores de lo efímero; pilares que, desde los propios cimientos, impelen a un íntimo e inacabable esfuerzo por sostenerse en lo que nadie puede darnos: esa inherencia al ser que llamamos libertad.

La obra de nuestro autor es la glosa sentimental de un espíritu decepcionado. Observamos cómo frente a la mascarada del carnaval mundano, no es que adopte una posición atrincherada, sino que genera un particular y fluido escepticismo, que se torna beligerante cuando es menester.

En alguna parrafada intermedia reflejamos su negativa a transigir con las ideas que pujan por la colectivización de la sociedad. Nuestro maestro defiende, con uñas y dientes, la cuenca del ser. Dicha actitud encierra el derecho natural a exprimir la individualidad hasta la última gota, en discrepancia con las avanzadillas de un progreso masificador, empeñado en exterminar a los individuos proclives a desautorizarle: los verdaderamente libres y, por tanto, imposibles de captar bajo ninguna clase de argucia. Notamos cómo el consonante del prestigio de ser rechaza toda pompa ideológica.

Si tuviéramos oportunidad de contemplar la Historia de la Literatura Española cual perfil orográfico, nos alarmaría el apreciable desnivel surgido al comparar las escarpadas cumbres del "98" con los irrelevantes montículos de la transmodernidad, que, salvo contadísimas excepciones, forman un árido paisaje de dunas.

Buena parte de la crítica, distorsionante, obcecada en lo anecdótico, cuando no en lo plástico, figura no haber querido asomarse al horizonte filosófico de nuestro escritor. Será por indolencia, en algunos casos, envidia malsa-

na, en otros, intratable miopía casi siempre. Desde nuestra atenta vigilancia, son escasos los que llegaron a dibujar su silueta con acierto, con autenticidad. A veces, encontramos que se le ataca por el subido delito de poner a un sablista en evidencia o de degustar una ración de pastel a hurtadillas de un confianzado. Es comprensible, aunque no convincente, que algunos le recriminen su manifiesto desdén hacia el envoltorio literario. No falta quien pretendió embadurnarle con una inverosímil mezquindad a partir de unas ejecutorias de nobleza que llevaba consigo cierto día que se encontró con el afectadísimo general en jefe de los “Ejércitos de Tierra Caliente”. Si piensan que merece la pena escarbar en la etiología de tales infundios pueden recordárnoslo dentro de unos minutos, aunque suponga distraernos con la fagocitosis parasitaria de los microorganismos que rodean al ser superior.

Por fortuna, existen los trabajos de “Azorín”, Francisco Pina, Miguel Pelay Orozco –me limito a un escueto muestrario de maestros que ya marcharon– amén de las biografías y memorias escritas por los sobrinos del insigne novelista, Julio y Pío Caro Baroja que, al margen de sus afinidades, o del vínculo afectivo, demostraron suficiente conocimiento, penetración psicológica y sensibilidad para dejarnos algo más que una vaga e irreconocible silueta o un compendio de sandeces propio de los que escriben por mero oficio.

El “98” ha sobrevivido a la turbamulta de efectistas que, a tenor de su proyecto artístico, se entregan al asalto de la celebridad. A este linaje de manifestaciones –como precursoras de la era de la publicidad más alienante– le guía la grosera conveniencia de impactar el medio social con la mira puesta en rentabilizar el “shock” producido. Es como si presagiaran que la sedimentación de las impresiones se les tornara en contra para acabar descubriendo su nadería. Creemos que solo lo noble y consistente logra flotar en el océano del transcurso. Pero aquí surge la cuestión: ¿Y qué es lo noble? ¿Acaso es privativo de una persona, de un movimiento, de una época, de una etnia?. Uno, expuesto a la disparidad de opiniones que pueda suscitar, se inclina por lo que nace y vertebra sin necesidad de dispendios publicitarios, de parafernalia legal, de apoyo correligionario o de golpes de efecto; se inclina por lo que va dirigido a la meditación íntima, por lo que encarna un soporte vital y se sostiene al margen de las “ferias de muestras”, por lo que no persigue el encumbramiento y acepta, sin titubeos, el extraordinario legado de la Soledad.

Cuando la inspiración se contamina con los hedientes vapores de la llamativo, la obra resultante tiende a degradarse hasta el postizo. Consideramos

que el hecho de supeditarse a los aluviones de la muchedumbre es, a fin de cuentas, prueba de estrategia comercial o de mero gusto por la industria.

El hecho de la adaptación bascula a partir de una idea mínima de entendimiento recíproco, no tiene por qué generar servilismo. Por contra, la supeditación es antesala de la pleitesía. Pío Baroja no se adaptó ni mucho menos, se supeditó. Su obra es el legado de una emoción estética pura, que nace de sentir el ser a través del dolor que desprende la tragedia de existir ante la indiferencia cósmica y la hostilidad terrenal.

No negamos el esfuerzo inversionista de los que trajinan en la implantación del canon de lo que debe interpretarse como rentable. Otra cosa es que nos fiemos de sus argumentos. Hay autores, entre los que incluimos a la mayoría de los del "98", que no cesan de invitarnos a profundizar. Son la antítesis de esa bisutería, tan en boga, que pretende seducirnos con las muestras que porta en el mismo maletín que el talonario. Mientras que unos se estriban en el pensamiento agónico, otros se limitan a parasitar, con mayor o menor desenvoltura, los síntomas de actualidad como empedernidos roedores de chuscos.

Durante los años previos al "crack" del veintinueve se marca un hito en todo lo que el mercado es capaz de revolucionar. Aquel escenario de tanto quita y pon, genera y consagra a sus especialistas. Pensamos si, a gran escala, el malestar psicológico, el "stress", al que abocó la era de la industrialización, no habrá generado un arquetipo de individuo dinámico pero tan sofocable en lo superficial como átono de espíritu. Observamos como nace, o al menos se dispara, la seducción por las firmas. Con lo entredicho damos pie a diversas consideraciones sociológicas que reafirman al caminante solitario, al inconforme.

La conocida obra de Aldous Huxley, "Contrapunto", muestra una lectura, no excesivamente desajustada, de la curiosa epopeya de la Humanidad. Por inducción barojiana, me he permitido la licencia de ampliar el número de eslabones que presenta a simple vista. Retenemos un fragmento conversacional donde el autor aprovecha para señalar los grandes cercenamientos ocurridos en la Historia de la Humanidad. Se apunta que primero fueron las religiones quienes se encargaron de establecer, cuando no de imponer, los códigos a observar. Esta primera entrega desaconseja, y hasta prohíbe, la habitancia de la mitad de ese Universo que el humano es capaz de concebir. No vamos a entrar en disquisiciones sobre lo entendido por mal o por bien. Avancemos. Llega un momento en que lo supuestamente bueno deja de contar cuando no alberga finalidades prácticas. Esta canonización del pragmatismo

mo acarrea el encasillamiento del terrícola en torno a la cuarta parte de su herencia existencial. Ya tenemos en la basura el 75% de la puesta primitiva. "Porca" miseria. Pero al mundo contemporáneo no le basta con las secuelas que haya podido acarrear el vicio por lo útil y se decanta, agresivo, por lo rentable. Nuevo corte. Puede observarse cómo un cacareado espíritu progresista no ha hecho sino apelonarnos en la octava parte del predio que nos asignó la Creación. Pero sigamos con el examen. Al sucederse los inventos del telégrafo y del teléfono, irrumpe, altisonante, avasalladora, la llamada Era de la Información, que se encargará de elegir, entre la baraja de posibilidades que ofrece lo rentable, aquello que, según el dictamen del mercado, convenga respaldar, divulgar o apuntalar con la ayuda de la publicidad: los mitos de pega. Esta adoración, esta fiebre por lo impactante es la responsable del último tajo. Evolucionamos hacia el asentamiento de lo especulativo. Así, de lo pobretón, pero real, saltamos a lo virtual. Aparece, señoras y señores, la "Cultura del Dieciseisavo", con secreciones tan características como el llamado "New Look", por la que, suponemos, hubiesen abogado muchos de los ultraístas. El pensamiento ya no concita, sí lo "colorista". Si hemos desembocado en la chabacanería, habrá que dorar el retablo del títere —parece razonar el mercader—. Y ahora pregunto: ¿Alguien esperó que Baroja diera pábulo a ideologías o sistemas que hoy se pelean por trascender desde el "dieciseisavo"? ¿Alguno creyó que el Baroja médico, defensor de la Ciencia y de la Investigación, no viera en ellas un elixir para dignificar al género humano, en desacuerdo con su aplicación a la cría y mantenimiento del autómatas?

No incurriré en la ciega aceptación de lo sugerido por el autor de "Contrapunto", ni en la discutible creencia de que su parametral histórico-sociológico sirva para determinar el hipotético cuño de bastardía de las especies que haya producido el declinar de la sensibilidad humana; pero simpatizo con la heterodoxia, no parcial, sino total y absoluta que Don Pío practicaba intuitivamente, derribando las barreras que encontraba al paso; heterodoxia que en su particular plasmación vital, antecede al vislumbre huxleyano del que terminamos de valernos. Don Julio Caro Baroja, que se miraba a diario en el espejo de sus tíos, Ricardo y Pío, reconoce en su libro póstumo, *Las Veladas de Santa Eufrosina*, el declive experimentado por la Humanidad. Así, por boca de uno de los personajes allí incluidos, dice lo siguiente:

"...Me irrita pensar que se han necesitado millones de años de evolución para dar como resultado el hombre actual, que me parece un pobre ser miserable..."

sentimiento que refuerza con la siguiente frase:

“...La apariencia de que avanzamos, progresamos y ascendemos se me ha dado en todo lo que son hechos materiales y un poco secundarios. Pero el escamoteo de todo lo más grande de la vida ha sido también continuo...”

Ahora se comprenderá mejor la alterutalidad que acompaña al estado de conciencia surgido del agonismo filosófico en torno al Ser. Desde esta inconcurrida atalaya, Baroja contempla la procedencia, sentido y desarrollo de los movimientos que depara la evolución de la Humanidad. Ahí es donde podemos encontrar al negador de unos y de otros. Las ideologías que defienden su significación en el “dieciseisavo”, no terminan de convencerle. Representan, a juzgar por la monocordancia de sus ambiciones, el imperialismo de lo apolíneo. Por contra, Baroja es el cerdo de Epicurco que reclama toda la extensión del jardín. Las ideologías enfrentadas en la distribución de la estrechez, sobre la que presionan, día a día, en grosera labor proselitista, forman el obstáculo. El ser dionisiaco las contempla con verdadera aversión. Nota cómo en sus anémicas manifestaciones de arte y pensamiento subyace un estúpido narcisismo correligionario que terminará degenerando en panfleto. Así, nace el arquetipo de santón especializado en el aventamiento doctrinal que, como seguimos viendo, grita y denuncia el estrago que produce el enemigo político —que no antropológico— a la par que se mantiene insensible al destrozo que se ocasiona con el bombardeo de la individualidad.

En la conciencia del individuo rebelde a soportar su propia naturaleza humana se minimiza todo lo que llega por vía sensual. Aquí, apreciamos la diferencia entre el arte cosechado en la batalla del ser y la musa estática de lo plebeyo, que nos sugiere la claudicación más espantosa.

Surge un nuevo dilema. ¿Ese calificativo de —mayor— o —menor—, en relación con el arte, viene propiciado por el grado de dificultad temática a superar? ¿Por el de calidad de ejecución? ¿Por su fidelidad al acontecer social? ¿Por la extensión, amplitud y penetración de su contenido?

En nuestra opinión, estimamos que la obras provenientes de lo dionisiaco se aferran al camino brumoso que conduce al paraíso perdido. Son géiseres aflorando el caudal hirviente que fluía incógnito. Asimilan su energía y atractivo. Semejan el oscuro logro del agonismo existencial, que prefiere arañarse en los zarzales del bosque donde caímos arrojados, que integrarse en el desfile de lo huero, en la macabra hueste que se deja empolverar por la época.

Pero esto no significa que la imposible convivencia entre individuos de

distinto rango estético no pueda paliarse con buena voluntad. De la mano de Don Pío Baroja nos hemos acercado al entendimiento de lo que pudiera definirse como “coexistencia pulcra”. La elevación espiritual del arquetipo de inconformista, que creemos haber definido al paso, no es incompatible ni con la templanza ni con la sinceridad de los que se conforman; o viceversa. Pero esta posibilidad de mutuo entendimiento no colma las aspiraciones del rampante, del que sueña con el mando, del ávido de control, del encorsetado en jerarquías de porción o en categorías accidentales.

Algo similar nos hace ver Pío Baroja en la monumental obra que lleva por título “El Laberinto de las Sirenas”. Roberto O’Neil, patrón, encarna al ser que persigue un ideal elevado. Juan Galardi, ex-piloto de altura y administrador de fincas, representa al hombre sencillo y práctico, cansado de recorrer mundo, que ansía tranquilidad. Partiendo de niveles estéticos y económicos diferentes se avienen, sin mayor dificultad, por mor de una inteligencia natural, de una benevolencia, cuya puesta en práctica no necesita otra cosa que un sentido integral de lo humano. El entendimiento de O’Neil y Galardi constituye, sin lugar a dudas, una cima inasequible para quienes suspiran por acaparar las carteleras.

Don Pío Baroja vive su interior. Esto le vuelve distante pero no por insozial, como se ha pretendido, sino por selectivo.

El “Hombre Malo de Itzea” –como se le llamó por ignorancia– no escribe pensando en la aceptación masiva. A nuestro personal entender, su legado literario encaja más en la estela humana de un Juan Ruiz o de un Gonzalo de Berceo, que en la de aquellos que buscaron nombradía con sus trabajos.

La sencillez de su escritura es tan incisiva como seductora. Léase el arranque de la segunda parte del libro “Familia, Infancia y Juventud”, que forma el segundo volumen de sus memorias tituladas: “Desde la última vuelta del camino”. No puede ser mas definitiva y compendia todo lo que hasta ahora llevamos dicho y lo que podamos añadir sobre su persona. Don Pío nos enreda con jirones de plenitud, que descuelga sereno e indiferente al triunfo que acaba de lograr sobre sí mismo.

En este punto hallamos el culmen de una personalidad de raíces rebeldes, tronco recio y máxima arborización. Una personalidad vigorosa, capaz de brotar bajo el hielo de la incomprensión porque ha sabido imponerse al desgarrar de las ausencias: esa trepidación nostálgica que irrumpe cuando nos devora el sentimiento de distancia y fugacidad acaecidos en el alma, y a la que solo el esforzado que se enfrenta, a pecho descubierto, puede dar una res-

puesta digna y explícita.

Estas, creemos, son las razones por las que el taciturno e intuitivo Baroja se pierde en lontananza, con la chaqueta al hombro, cantando, silbando y tarareando, sin que nada ni nadie que no refleje ternura, sinceridad y desinterés sea quien de fijarle un solo instante. Muchas Gracias.